

> TRIBUNA / EL 23-F / ALFONSO PINILLA

- El autor analiza algunos de los aspectos aún oscuros del golpe protagonizados por el general fallecido
- Una de las claves es la reunión privada que mantuvo con el Rey el 13 de febrero cuyo contenido se desconoce

Alfonso Armada, 'sine ira et studio'

CON ALFONSO ARMADA puede desaparecer información crucial para entender algunos detalles claves del 23-F que todavía, más de 30 años después, no están del todo aclarados. Es cierto que la estructura de la trama, la interacción de sus principales protagonistas, el desarrollo del golpe y las causas de su fracaso ya se conocen, al menos en sus principales aspectos. El trabajo de periodistas e historiadores ha ayudado a arrojar luz sobre aquellas tensas horas donde España se jugaba su recién estrenada democracia. Pero, como decía Ortega, la verdad no es destino al que se llega para dormir, sino camino de duda e investigación continua. Aún hay elementos oscuros que, de conocerse, podrían ayudar a completar el mosaico del poliédrico golpe.

Si hubiera tenido oportunidad de hacerle una sola pregunta a Armada, me habría centrado, desde luego, en el contenido de una reunión sobre la cual el antiguo general de división nunca dio detalles concretos. Armada pidió permiso a La Zarzuela para desvelar el contenido de esa reunión durante el juicio del golpe, pero la Casa Real se lo impidió. Se trata de la entrevista privada que mantiene con el Rey el 13 de enero de 1981, diez días después de haber sido nombrado por Real Decreto segundo Jefe del Estado Mayor del Ejército, quince días después de la dimisión de Adolfo Suárez como presidente del gobierno y diez días antes del famoso 23-F.

En su libro de 1983, titulado *Al servicio de la Corona*, Alfonso Armada afirma que en aquella reunión «contó al Rey lo que sabía» sobre la delicada situación por la que atravesaba un Ejército cada vez más azotado por ETA, decepcionado con un Gobierno incapaz de detener la sangría terrorista y en medio de una crisis política, económica e institucional galopante como la que vivía España en esos momentos. Después de su conversación con el Rey aquella mañana del 13 de febrero, Armada visitó —visiblemente malhumorado tras las palabras cruzadas con Don Juan Carlos— al vicepresidente Manuel Gutiérrez Mellado. Según declaraciones del general Gutiérrez Mellado a la periodista Pilar Urbano, recogidas en su libro *Con la venia*, yo indagué el 23-F, Armada «hacia protestas de sentimiento monárquico tan exageradas, que yo llegué a pensar que por salvar la Corona, según sus criterios, podría incluso aceptar soluciones contrarias a la persona de Su Majestad».

Pero, ¿qué causó aquel malestar de Armada, sus alteradas «protestas de sentimiento monárquico»? Y, sobre todo, ¿por qué, una vez se supo que Calvo Sotelo iba a ser el candidato para suceder a Suárez, se aceleran los planes golpistas aquel fin de semana del 21 de febrero? ¿Cómo era posible que el

segundo JEME se atreviera a encender la mecha de una operación arriesgadísima, pues podría partir en dos al Ejército en un momento especialmente tenso y delicado? ¿Acaso se arrogaba el beneplácito del Rey sin haberlo asegurado? ¿Había confundido Alfonso Armada sus aspiraciones, cálculos y suposiciones con la inapelable realidad?

Los tribunales no aclararon si el fin de semana previo al golpe, concretamente la tarde-noche del sábado 21 de febrero, Armada tuvo un encuentro con Tejero en un piso de la calle Pintor Juan Gris de Madrid. Aquel piso era una de las sedes de la AOME (Agrupación Operativa de Misiones Especiales), grupo de investigación dentro del Cesid que, en aquellos años, dirigía el comandante José Luis Cortina, hombre cercano a Armada, encausado y finalmente absuelto en el juicio del golpe. Según declaró Tejero, en aquel piso, el general de división trasladó y confirmó al teniente coronel de

la Guardia Civil el plan a seguir la mañana del lunes 23, asegurándole el apoyo de la Corona. ¡Cuántas cosas debería habernos aclarado Armada y cuántas se ha llevado a la tumba! Desconozco si, además de su libro arriba citado —aparentemente exculpatorio para la monarquía, aunque de ambiguo título— habrá declaraciones póstumas, escritos aún no revelados, agendas o archivos personales lo suficientemente aclaratorios sobre estos aspectos.

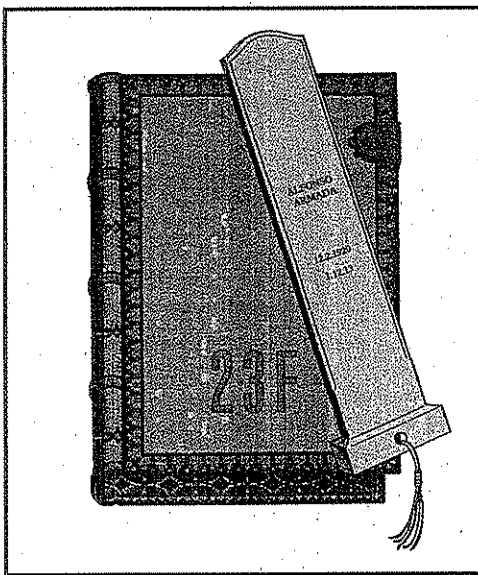
SEA COMO FUERE, lo cierto es que con él se va una parte sustancial de los secretos del 23-F, porque Alfonso Armada fue la clave de bóveda en torno a la cual giró toda la trama antes y después de aquella crucial noche. No en vano, él fue quien, en la madrugada del 23 al 24, pidió permiso a Tejero para que le dejara entrar al hemiciclo con el fin de ofrecerle a los diputados un gobierno de concentración formado por socialistas,

algún comunista, banqueros y miembros de la UCD, coordinados todos ellos por su prestigiosa figura, flamante segundo JEME en aquellos momentos. La lista de aquel gobierno, que la doctora del Congreso, Carmen Echave, apuntó apresuradamente en un papel, trascendió a los medios. Y EL MUNDO, gracias a la investigación de Victoria Prego, la publicó el 23 de febrero de 2006.

Sabino Fernández Campo, en declaraciones al periodista Francisco Medina, publicadas en su libro *23-F. La verdad*, afirma que La Zarzuela aprobó aquella última gestión de Armada ante Tejero, por miedo a que se desencadenara una masacre en el Congreso. El general Fernández Campo precisaba en esas declaraciones que Armada iba, única y exclusivamente, en nombre propio, y nunca en nombre del Rey. «Sí tú, dentro de este barullo que hay —recuerda Fernández Campo que le dijo a Armada—, tienes capacidad para llegar allí y obtener la libertad a los que

SEAN MACKAQUI

«Con él se va una parte sustancial de los secretos del 23-F, él fue clave de bóveda en torno a la cual giró toda la trama»



están, ofreciéndote como presidente o lo que sea... Luego ya veremos lo que pasa. Pero que quede claro que todo esto lo haces por tu cuenta...». Pero Tejero rechazó la oferta del general de división y antiguo secretario de la Casa Real por considerar que no había asaltado el Congreso para que el Gobierno salido de aquél órdoago estuviera compuesto por socialistas y comunistas. Tejero había encendido la mecha del golpe y, paradójicamente, la apagaba con su negativa a la propuesta de Armada. Quince minutos después de su malograda gestión, el general Armada comunicaba a La Zarzuela que Tejero le había expulsado del Congreso. A continuación, el Rey pronunciaba su famoso discurso televisado, donde afirmó la decidida defensa «de la legalidad vigente». La *operación Armada* había fracasado.

Pero ¿y si el «no» de Tejero a Armada hubiera sido un «sí»? De «contrafactuales» no puede componerse un relato histórico riguroso, si bien conviene plantear las naturales incertidumbres de aquella noche y los posibles caminos de evolución que emergieron a partir de tan grave crisis. Se trata de asumir que la vida, como la Historia, es «un jardín de senderos que se bifurcan», según afirmaba el maestro Borges. Y en función de esa sucesión de encrucijadas, habría pensar que, si Tejero hubiera accedido de buen grado a la oferta de Armada, éste —probablemente— no sería hoy considerado la cabeza visible de una conspiración golpista, sino el «clavo ardiendo» al que muchos se agarraron para salvar una situación tan crítica como dramática.

No se puede valorar el pasado en claroscuro, ni a partir del código binario donde «los buenos» siempre son los mismos, mientras «los malos» quedan condenados, por los siglos de los siglos, a expiar sus pecados. Armada, como el 23-F, como cualquier acontecimiento o personaje histórico, es poliédrico, complejo y, en el estudio de sus dimensiones, ha de dedicarse a la ciencia histórica sus mayores esfuerzos de análisis, comprensión y valoración.

Alguna voz autorizada, desde la investigación periodística, ha sugerido que aquello pareció más «un golpe de Gobierno» que «un golpe de Estado». Curioso, e interesante, cambio de paradigma a la hora de interpretar el acontecimiento. Desde luego, la entrevista Armada-Tejero en el edificio acristalado del Congreso aquella noche tuvo como eje central la sustitución del gobierno monolítico de UCD, con Calvo Sotelo a la cabeza, por un ejecutivo de concentración capaz de hacer frente a un barco institucional que parecía ir a la deriva. Y a pesar de que la democracia corrió serio peligro durante aquellas dramáticas 17 horas, quizá la única institución contra la que no iban los tanques de Milans, la operación Armada y los disparos al aire de Tejero era la Corona.

Que el 23-F no fuera un golpe contra el Rey no significa que fuera un golpe con el Rey. Y he aquí el crucial papel que Armada debería haber jugado a la hora de aclararnos estos extremos, porque él habló con el monarca, era íntimo consejero suyo, tenía entrada franca en La Zarzuela y aseguró que Don Juan Carlos apoyaba su «operación» para granjearse el favor de los militares monárquicos más descontentos con la Transición y la joven democracia. El fallecimiento de Alfonso Armada puede cubrir de sombras, quizá definitivamente, este crucial episodio de nuestro pasado. Pero sobreponiéndose al aparente caso, la lechuza de la Historia ha de emprender, resuelta y firme, el vuelo insaciable de su curiosidad. Y Tácito deberá guiarnos en su indagación sobre el ayer «sine ira et studio».

Alfonso Pinilla García es profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Extremadura.